



ALEJANDRO MARCOS ORTEGA  
**CÁSTOR Y PÓLUX**

**CÁSTOR Y PÓLUX**

Primera edición, septiembre de 2022

© Alejandro Marcos Ortega, 2022

© Ilustración de cubierta: Manu Gutiérrez

(Ediciones El Transbordador es una marca  
de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección: Antonio Vileya

Maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 1364-2022

ISBN: 978-84-125263-5-6

Impresión: Gráficas La Paz (Torredonjimeno, Jaén)

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa  
y por escrito de los titulares del *Copyright*.

[www.edicioneseltransbordador.com](http://www.edicioneseltransbordador.com)



Ilustración: Manu Gutiérrez



ALEJANDRO MARCOS ORTEGA

# CÁSTOR Y PÓLUX

## CÁSTOR I

### Cacería en Calidón

Cástor, «el Tindárida» llamado, descendió de su caballo Thonos y contempló el valle en el que se asentaba Calidón. Pólux, su gemelo, montado a lomos de Ékonos, se situó a su lado. Las bellas tierras de Calidón solían ser fértiles y estar repletas de cultivos, pero en aquel momento Cástor sólo pudo ver la destrucción que había provocado el jabalí enviado por Artemisa. Los campos de olivos se encontraban arrasados y muchos de los árboles yacían ennegrecidos en el suelo, como si hubieran sido presa de un funesto incendio. Cerca de aquellos campos se encontraba el grupo de héroes convocado por Meleagro, príncipe de Calidón, para dar caza al jabalí. Los nervios apresaron a Cástor cuando contempló aquella reunión de un modo más evidente que si se hubiera encontrado cara a cara con la bestia divina. Más allá del campo se distinguía la tierra removida de los huertos calidónicos y, algo más lejos, el comienzo del bosque, donde los primeros árboles, arces, encinas y sauces, también yacían tirados o podridos por el efecto de la criatura maligna. Por instinto, Cástor sacó del morral la moneda que le diera su hermana Clitemnestra y se puso a jugar con ella, como solía hacer siempre en las horas previas a la batalla, pues una batalla consideraba aquella cacería.

Pólux posó una mano fuerte sobre su hombro sin llegar a bajar del caballo. El frío del mes de gamelión convirtió en vaho el aire de sus pulmones cuando dijo:

—¿Todo bien, hermano? Noto que algo atenaza tu corazón.

—Por mí no has de preocuparte, gemelo, pues sabes que en batallas más severas me he desempeñado con soltura. Me entristece observar toda esta destrucción en la tierra de nuestros tíos. Eso es todo.

La hermana de Leda, madre de los gemelos, era la reina de Calidón, lo que había terminado de decidir a los héroes para acudir al llamado de ayuda de su primo. Entre los héroes que preparaban las armas y sus perros, los gemelos distinguieron también a otros dos hermanos de Leda, sus tíos Plexipo e Ificles, ambos poco queridos por los Tindáridas, puesto que eran conocidos por sus bravuconerías y sus malos modos.

Pólux asintió ante las palabras de su gemelo y retiró la mano del hombro de Cástor.

—¿Vamos?

El héroe aún contemplo la escena unos segundos antes de decirse. Thonos, fiel montura, conectado a los sentimientos de Cástor mediante la capacidad de este de dominar a los caballos, rozó con su quijada el pecho del hombre, como si lo impeliera, tal parecía su intención, a subirse a su lomo. Cástor asintió sin hacer caso al caballo y montó sobre él.

Los hermanos descendieron la suave loma en silencio, contemplando más de cerca las olivas aplastadas por el jabalí, y Cástor se preguntó si aquellas gentes habrían tenido tiempo de poner a salvo el resto de la cosecha. La ciudad se encontraba a varios estadios de distancia y la bestia parecía no haberse acercado por allí, pero la destrucción de aquellos campos era, si no más, igual de pernicioso que lo hubiera sido la destrucción de sus murallas. Mientras su hermano se sumergía en esas cavilaciones, Pólux se dirigió a saludar a Atalanta, heroína beocia de puntería certera y gran amiga de los gemelos. Cástor la sabía consagrada al culto de Artemisa y no consideró de buen agüero su presencia allí.

—Saludos, buenos Tindáridas. Me alegra mucho encontraros en Calidón.

Cástor asintió sin bajarse del caballo, mientras que su hermano acudió a abrazar a la mujer. Atalanta, rubia, orgullosa y alta, vestía una túnica de color gris y una armadura. Llevaba a la espalda su arco de cerezo y su carcaj. Llegó Meleagro mientras los héroes se ponían al día, dejaban sus monturas y comenzaban a cubrirse con las armaduras de bronce. El príncipe calidonio vestía también armadura y

portaba una espada de bronce y una jabalina. Saludó a sus primos y se colocó junto a Atalanta.

—Lamento mucho las pérdidas que os ha provocado Artemisa, gran Meleagro.

Atalanta miró a Cástor con un viso de reprobación cuando pronunció aquellas palabras, pero tuvo a bien no decir nada. El héroe sabía que ella encontraría la manera de justificar el comportamiento de la diosa y de culpar a Calidón. No tuvo la heroína que justificar nada, ya que Meleagro se adelantó:

—Merecido castigo el de Calidón, Cástor, pues la diosa melliza tiene razones sobradas para estar enfurecida con nosotros. Mi padre, el buen Eneo, rey de Calidón, olvidó ofrendar a la diosa parte de la cosecha de la oliva. Nos sentimos honrados por sus atenciones, aunque debemos acabar con el animal antes de que se nos agote el tiempo de reconstruir nuestros campos para la siguiente cosecha. Sin duda la presencia de la venerable Atalanta nos portará buena fortuna y Artemisa se tornará favorable al pueblo de Calidón.

Cástor dudaba de que tal fuera el honor de la diosa y se alegró de no haber recibido atenciones divinas durante su existencia. Miró a Pólux, en apariencia igual que él, pero con la semilla de Zeus corriendo por sus venas, y se preguntó, como hacía siempre que iba a pelear en una batalla, qué se sentiría al no tener miedo a morir, al luchar sin jugarse nada.

Atalanta asintió a las palabras de Meleagro, pero no le sonrió. Cástor sabía que Meleagro era favorable a casarse con la heroína a pesar de que ya había contraído nupcias con Cleopatra. El hombre no ocultaba sus sentimientos, y aquello los incomodaba a todos. Atalanta miró alrededor para ver qué héroes se encontraban junto a ellos y señaló con la barbilla hacia un grupo de tres situados junto a una encina a la que estaban atando a unos perros de caza.

—Quizás Anceo, de dura cabeza, e Ificles y Plexipo, tíos vuestros, deberían escuchar tus palabras, Meleagro, puesto que casi he tenido que desenfundar bronce para abrirme camino hasta aquí.

Los tres primos miraron al grupo de héroes y a sus canes. Cástor sólo conocía a Anceo, el arcadio, de vista, ya que no se trataba del Anceo que lo había acompañado en el Argos.

—Defendí tu causa frente a Jasón en el Argos, lo haré con el mismo fervor en Calidón, Atalanta —dijo Pólux, siempre presto a sacar el bronce o a participar en un pugliato.

—Pólux, nacido de un huevo, el de los puños de oro, valoro tu amistad y tu valentía, pero no necesito de tu espada ni de tus brazos para defenderme.

—Ten por seguro que hablaré con ellos, buena Atalanta, los haré entrar en razón.

—Sólo te lo comunico porque no quisiera derramar sangre de tu familia en tus tierras, buen Meleagro. Ni ofender a los Tindáridas dejándolos sin tíos.

—Altea, reina de Calidón, es quien invitó a Ificles y Plexipo. Me temo que no guardo un gran aprecio por sus personas. Y, aunque así fuese, nadie debería ofenderos y salir airoso, se encuentre en mi tierra o en tierra de otros príncipes. De mi sangre no son, si menosprecian a Atalanta y Artemisa.

Ella, orgullosa, asintió, pero no añadió más a las palabras del príncipe. Meleagro se acercó al grupo de sus tíos mientras Pólux, Cástor y Atalanta se acercaban a saludar a Jasón, que se encontraba reparando una red con la que, presumiblemente, se disponía a cazar al jabalí. Desde donde estaba, Cástor pudo ver la pequeña discusión de Meleagro con sus tíos, ambos con las caras surcadas de cicatrices, probablemente de tabernas y no de batallas, y se tensó pensando que los tres acudirían a pedirle cuentas a la heroína. Dio gracias a los dioses de que no fuera así.

Jasón, siempre fanfarrón y orgulloso, dejó la red para abrazarlos y se ató el cabello, castaño y largo, en una coleta que no le molestara en la batalla. Tenía grandes brazos y medía una cabeza más que Cástor, que en ningún caso podía considerarse falto de estatura. El héroe comenzó a hablar de nuevo sobre la bestia que había matado en la Cólquide junto a Medea, pero Cástor, y también Pólux y Atalanta, sabían que la historia no había sucedido así, pues la propia Medea les había contado a los Tindáridas que habían vencido a la bestia mediante engaños y trucos. Ninguno dijo nada y lo dejaron continuar con la historia. Cuando consideró que las normas de cortesía estaban cumplidas, Cástor se acercó a Thonos y a Ékonos, los dos caballos gemelos y blancos, igual que sus

dueños, y los acarició para que estuvieran tranquilos. Envidió, una vez más, la calma de su hermano ante la batalla. En aquel momento estaba con Atalanta pasándose una bota de vino. Pólux, como hacía siempre, escupió el primer trago antes de beber. Aquella manía indecorosa y falta de lógica hacía que Cástor se sintiese alejado de su gemelo, como si esa costumbre, y no la inmortalidad de Pólux, fuera el punto que los hacía hombres distintos. Contempló una vez más la destrucción de los fértiles campos y se preguntó si aquellos dioses podían considerarse de verdad sus protectores o benefactores. Tanto él como Pólux habían viajado de un lado para el otro tratando de buscar la gloria y llamar la atención de los dioses, pero hasta el momento parecía del todo inútil. Cástor ansiaba conseguir un poder inmortal parecido al de su hermano, pero no entendía las razones que movían a Pólux a luchar. Dudaba que quisiera acumular riquezas para desposarse con Febe, puesto que nunca había parecido interesarse por la princesa hasta que Cástor se comprometió con su hermana Hilaira. Las riquezas, que no le hacían falta a ninguno de los dos al ser príncipes de Esparta, eran la excusa que había esgrimido Cástor para subirse a la Argos, para rescatar a su hermana Helena y para acudir a aquella cacería, pero la principal y verdadera razón de aquellas aventuras era su deseo de inmortalidad. Si él tenía un motivo oculto para hacerlo, ¿por qué no iba a tener otro Pólux?

Atalanta y su gemelo se reían junto a Jasón mientras que Cástor permanecía con los caballos. De pronto alguien gritó, un arce cayó a lo lejos y levantó una nube de polvo, indicando dónde se encontraba el monstruo enviado por la diosa cazadora. Pólux silbó y Ékonos acudió presto a su lado.

—¡Buena fortuna, Cástor! —le gritó en la distancia el gemelo cuando se subió a Ékonos.

El Tindárida entendió con esas palabras que Pólux no quería gozar de su compañía durante la persecución y dejó que su gemelo se marchara con Jasón y con Atalanta. El héroe podía entender que prefiriera ir con ellos a retrasarse por culpa de su hermano mortal. Cástor se subió sobre su caballo y se alejó lo máximo posible de Pólux, acompañando a un grupo de héroes que iban a pie. Todos los hombres entendieron la caída del árbol como una señal y cargaron, adentrándose en el bosque.

Cástor se alejó enseguida del grupo y, creyendo escuchar un ruido a su derecha, se internó en la espesura. Frenó la velocidad de Thonos para escuchar mejor, pero el ruido de los cascos del caballo sobre las hojas crujientes de escarcha le impedía prestar demasiada atención. Debería estar acercándose a otros grupos de héroes, por lo que le extrañó no encontrarse con nadie. Mejor. Quizás si conseguía acabar con el jabalí por su cuenta por fin los dioses repararían en él. Por separado, como un único héroe, sin ser un apéndice de su gemelo. Al poco de tomar aquella determinación se cruzó con Hípaso, que se encontraba en el suelo, junto a un árbol, y que se apretaba el muslo. Cástor descendió de Thonos y lo vendó con las técnicas que le había enseñado Quirón, el centauro, en su cueva cuando era adolescente. El héroe había resultado herido cuando su caballo se encabritó al encontrarse con el jabalí. Había tenido suerte de que la bestia no lo hubiera embestido, pues tanto los colmillos como las pezuñas del animal estaban envenenados y destruían cualquier cosa que tocaban. Allí mismo, Cástor podía ver perfectamente por dónde había ido el jabalí en persecución del caballo de Hípaso. Montó de nuevo sobre Thonos y siguió el rastro del animal divino.

Llegó así a otro claro en el que no encontró al jabalí sino a su hermano, completamente solo, desarmado y sin su coraza y escudo. Salía vaho de su boca, puesto que se había despojado incluso de la capa que le diera una lemnia. El gemelo estaba tan relajado que ni siquiera percibió la llegada de Cástor. Cuando este iba a advertirle de su presencia, se dio cuenta de que detrás de su gemelo, entre unos árboles, brillaban dos ojos rojos, grandes como puños. La figura oscura de un jabalí se hizo visible entonces ante la mirada de Cástor. Medía bastante más que Thonos, y sus colmillos eran igual de anchos que los brazos del héroe.

—¡Pólux! —gritó.

El héroe se giró hacia Cástor, viéndolo por primera vez, pero dando la espalda al jabalí nefasto.

—No te muevas —fue lo único que respondió Pólux.

Cástor, sin pensar, pues no era necesario reflexionar para anteponer su vida a la de su hermano, colocó a Thonos entre el jabalí y Pólux. El animal intentó zafarse de su dominio al ver a la bestia, pero Cástor, tal era su habilidad, consiguió hacer que se tranquilizara. Para

no ponerlo en peligro, saltó del caballo y lo dejó marchar cuando el jabalí se disponía a embestir. Pero tan mala fue su fortuna que pisó una roca y se torció el tobillo, cayendo al suelo a los pies del jabalí. Pólux se adelantó en ese momento, colocándose frente a su hermano con los brazos desnudos. Agarró los colmillos del jabalí, frenando su avance, cuando este se disponía a embestir a los gemelos. Cástor vio cómo los bíceps de su hermano se tensaban hasta el punto de casi estallar y también vio con horror cómo el veneno del animal quemaba y ennegrecía las manos de su gemelo. Pólux apretaba los dientes y el animal gruñía, probablemente sintiéndose indefenso por primera vez. Cuando la fuerza de Pólux iba a agotarse sin que Cástor hubiera sido capaz de mover un solo músculo, una flecha atravesó el claro y se clavó detrás de la oreja del animal. El jabalí ladeó el hocico, soltándose del agarre, y huyó corriendo. Pólux se miró las manos, que volvían poco a poco a su color normal, y después sonrió a Atalanta. La heroína aparecía entre los árboles en ese momento. Cástor se puso en pie con torpeza, rechazando la ayuda de Pólux con enfado y avergonzado ante la beocia.

La mujer se acercó a ellos y tendió a Pólux su espada y su armadura. Detrás la seguía Ékonos. Cástor entendió en ese momento que todo había sido un engaño para atraer al animal.

—Casi lo estropeas todo, Cástor. ¿Acaso olvidas que soy inmortal?

El héroe se apoyó en un árbol y observó su pie, guardando silencio unos segundos.

—Tu inmortalidad fue otorgada por un dios, otra divinidad dio su poder al jabalí. ¿Qué te hace creerte superior a otra bestia divina? ¿Es que tienes la cabeza hueca, hermano?

Cástor vio que Atalanta sonreía, aunque con disimulo, pues debía percibir la turbación del espartano. Aquello no hizo más que aumentar las llamas del enfado de Cástor. Pólux se acercó a una encina y cortó una rama cuando Meleagro entraba en el claro portando las riendas de Thonos.

—No deberías dejar suelto tan precioso animal, honorable Cástor.

El héroe cogió las riendas sin contestar y se alejó unos pasos cojeando. ¿Por qué su hermano no lo había hecho partícipe del engaño y había elegido, por el contrario, a Atalanta para ello? Pólux sabía que su

puntería era similar, si no superior, a la de la beocia. No era tan idiota como otros hombres que pensaban que podían vencer a la mujer en una carrera para obtener su mano, poniendo así en riesgo sus vidas, pero estaba seguro de que aquella flecha lanzada por ella podía haber sido suya sin ningún problema. Pólux se acercó y le tendió la rama, convertida en ese momento en un cayado improvisado, y se alejó sin decir nada.

Meleagro, como no podía ser de otra forma, felicitaba a Atalanta por su disparo, pues era la primera prueba de que el animal podía ser herido, y la alababa delante de todos los héroes que comenzaban a congregarse en el claro. Unos cuantos, el arcadio Anceo entre ellos, se sintieron ofendidos por que una mujer hubiera sido la primera en herir al animal y salieron corriendo de allí en pos de salvar su honra y acabar con la criatura. Cástor había perdido las pocas ganas que le quedaban de buscar la gloria individual y se planteaba seriamente irse a descansar al palacio de su tía Altea y esperar allí a su hermano. Si no hubiera sido por la herida del pie, tal era su desconsuelo y su vergüenza, se hubiera marchado a Esparta en aquel momento.

Escucharon un grito y todos se pusieron en marcha impulsados por el alarido, como si un dios los hubiera atraído hacia allí. Cástor caminaba al lado de Thonos y se apoyaba en el cayado. Todos los héroes lo dejaron atrás y cuando llegó se encontró con un corro de hombres, y Atalanta, alrededor de varios cuerpos. El Tindárida reconoció a Hipalmon, Pegalón, Enésimo y Anceo. Todos tenían heridas ennegrecidas y humeantes en el pecho, brazos y muslos. Sus sangres corrían negras y quemaban las hierbas que tocaban, pues el veneno del jabalí había podrido sus humores. Un silencio extraño para un bosque se extendió entre los héroes. Pólux se puso al lado de su gemelo, pero no dijo nada. Cástor sabía que a partir de ese momento su hermano no se iba a separar de él hasta que todo hubiera acabado. En ocasiones se sentía la parte mortal de Pólux, el único punto en el que podían herirlo. Detestó a su hermano por protegerlo y se alegró de que Anceo hubiera fallecido. Estuvieron callados y quietos unos minutos, como si Hypnos o Hermes hubieran enviado un sueño negro y nefasto a aquellos hombres. Muchos de ellos, Cástor podía leerlo en sus ojos, no se creían las muertes que estaban contemplando.

No supo decir cuánto tiempo permanecieron así, pero un nuevo árbol caído los despertó de golpe. Todos subieron a sus monturas o salieron corriendo en dirección a la nube de polvo que se levantaba. Todos menos Pólux, que llevaba a Ékonos de las riendas y permanecía junto a Cástor. Los dos siguieron en silencio mientras avanzaban entre la maleza. Escuchaban algún grito, un gruñido antinatural de la bestia y notaban la tierra temblar levemente cuando el animal corría. Aun así ninguno de los dos habló. Cástor sabía que su hermano trataba de aplacar su enfado con silencio, y el hecho de que lo conociera tan bien lo llenaba de rabia. Pólux siempre decía que la ira era un camino llano hasta el hades, pero según Cástor, el impulsivo de los dos que habían compartido huevo era, precisamente, el gemelo inmortal. Si Pólux hubiera podido morir, quizás ya lo habría hecho por inconsciente. Miró de reojo a su gemelo. ¿Era Pólux imprudente porque era inmortal o era una suerte que fuera inmortal ya que era imprudente? ¿Llevaba su gemelo en la sangre esos impulsos o se le habían metido dentro mientras crecía?

Llegaron a otro claro en el que se habían reunido, de nuevo, muchos héroes. El jabalí yacía muerto, con la gran lengua morada sobre la hierba como una grotesca serpiente sin vida. De la misma herida que le había causado Atalanta con la flecha surgía, aún en la carne de la bestia, la espada de Meleagro.

No había ningún cadáver en el suelo a excepción del jabalí, y Cástor se alegró de ello. Todo había terminado. Aunque, una vez más, sin que Cástor hubiera logrado ni un mísero pedazo de la gloria de la que se sabía merecedor. Pólux lo agarró del hombro y le señaló una roca donde sentarse. Cástor negó con la cabeza, suspiró y dejó que su hermano se acercara a felicitar a Meleagro. El príncipe estaba junto al animal y tenía la cara y la armadura cubiertas de sangre negra del jabalí. Poco a poco todos los héroes llegaron al claro y, tras comprobar con perros y lanzas que el animal realmente estaba muerto, tal era su terror, felicitaban a Meleagro. Cuando todos estuvieron reunidos, Meleagro se subió a la roca que antes señalara Pólux y los mandó callar.

—Muchas gracias por acudir a la llamada de Calidón en momentos de necesidad. Esta deuda que la polis ha contraído no podrá ser

pagada jamás, pues son vuestras vidas las que habéis puesto en peligro hoy. Como pobre pago, esta noche estáis invitados todos al banquete que se celebrará en vuestro honor y en el de Artemisa en el palacio de la polis. Habrá libaciones y sacrificios que agradarán a todos los dioses del Olimpo.

Los héroes gritaron y aplaudieron. Cuando se calmaron, el príncipe continuó:

—Yo he sido el empuñador del bronce mortal, por lo tanto me corresponde a mí dividir la pieza y repartirla. La piel será enviada al templo de Atenea en Tegea, por ser diosa protectora de los olivos —Atalanta cruzó los brazos, quizás esperando aquel honor para Artemisa—, la cabeza será para el templo de Artemisa, como pago insuficiente por nuestro descuido. Pero el mayor honor de todos quiero hacérselo a Atalanta, favorita de Artemisa, puesto que ella fue la que hirió primero a la bestia. Sin duda fue la diosa melliza la que dio permiso para que su hija lacerara a su criatura. Sin ella, las gentes de Calidón estarían perdidas. El resto de la pieza será, por tanto, para ella.

El silencio se extendió por el grupo como la noche desenvuelve su manto por el éter. Meleagro, aturdido por las flechas de Eros como estaba, no se dio cuenta del silencio. Tenía los brazos cubiertos de sangre que podría parecer suya y se pasaba la mano por el pelo sin reparar en lo que hacía, esparciendo la esencia de la criatura.

—Meleagro, sobrino, sin duda la sangre que cubre tus manos ha envenenado tu cerebro. ¿De veras piensas ignorar la valía de todos estos hombres, que por ti han peleado, por congraciarte con una mujer, mil veces maldita, que es una enviada de la diosa vengativa?

El príncipe se giró hacia Plexipo, que estaba junto a Ificles, y borró la sonrisa que había estado regalando a Atalanta. Se bajó de la roca a la que estaba subido.

—Plexipo querido, más parecido a un padre que a un tío para mí, ¿por qué me hieres con tus palabras despreciables? Puesto que a Atalanta, flechadora audaz, insultáis con vuestras palabras, yo me siento agraviado del mismo modo. Al igual que, al ser irrespetuosos conmigo, ofendéis a todas las gentes de Calidón que respiran aliviadas tras las murallas de la polis. Como familia somos, si te retractas

de tus palabras enseguida haré como si la vejez hubiera marchitado mis oídos.

Ificles se adelantó entonces. Pólux se colocó, rápido como un rayo de Zeus, su padre, junto a Meleagro y levantó la barbilla. El tío miró al gemelo y después colocó la mano sobre la empuñadura de su espada. Atalanta avanzó hasta colocarse también junto a Meleagro. Cástor apreciaba a la mujer, pero en aquel momento pensaba que quizás su presencia traía, siempre, más problemas que soluciones. Jasón no la había dejado subir al Argos precisamente para evitar ese tipo de enfrentamientos, y Cástor lo había encontrado en su momento algo acertado. Era verdad que los tíos no estaban dejando lugar a un acuerdo, pero de Meleagro dependía que aquella cacería acabara en ese momento, antes de que hubiera más bajas que lamentar. Si cualquier héroe, él mismo, hubiera suplido la puntería de la beocia, muchos problemas podrían haberse evitado. Quizás Jasón había demostrado más inteligencia que la que estaba mostrando su primo en ese momento.

—De nada habremos de retractarnos, príncipe deshonroso, puesto que las palabras de Plexipo hago más desde este momento. Todos nosotros nos marcharemos de aquí con nuestro botín o no nos marcharemos.

—No nos metáis a todos en esto, descerebrados, despojos de los dioses. Puesto que Meleagro ha abatido a la bestia, Meleagro decide qué hacer con ella. Conformes o no, los hombres de palabra acataremos los juramentos o padeceremos en el hades —dijo Jasón, que se apartó de la refriega colocándose junto a Cástor.

Pólux, de mano ligera, desenvainó su espada. Cástor acudió cojeando disimuladamente hasta colocarse junto a él.

—De esas dos opciones que me dais, tíos, me temo que he de escoger la segunda si os empeñáis en seguir adelante con vuestro comportamiento indigno.

—¿Y te vas a esconder detrás de un cojo y una mujer, Meleagro? Quizás seas tú también una mujer tullida. Parece que mis hermanas no han parido más que deshonra.

Pólux, sin que nadie pudiera verlo de tan veloz, asestó un puñetazo en el estómago de Plexipo, que había pronunciado tales frases, y lo dejó retorciéndose en el suelo. Después envainó la espada.

—Meleagro, honorable gobernante, el duelo es tuyo, pero, si me lo pides, enviaré con mucho gusto a estos dos al hades, donde fueron engendrados, sin duda.

El príncipe tenía el gesto contrariado, probablemente confuso y enfadado con sus tíos. Cástor observó a la multitud silenciosa y se dio cuenta de que al héroe no le habían dejado ninguna salida más que la muerte de sus familiares. Los héroes deberían estar celebrando, riendo y compartiendo el vino mientras se dirigían a la polis, donde seguro ya habían llegado las noticias de la muerte del animal, y no contemplando aquella escena. Meleagro se acercó al jabalí mientras los que habían hecho corro alrededor de la disputa se apartaban y sacó el bronce ensangrentado del cuello del animal. Atalanta le pasó un escudo redondo en el que habían dibujado con mano maestra un campo de olivos. Plexipo se levantó y se colocó junto a su hermano. El resto de héroes hicieron de nuevo otro corro a su alrededor. Cástor se encontraba hombro con hombro con su hermano, sin saber muy bien cómo había terminado allí después de haber pensado irse a la polis. Ojalá lo hubiera hecho. Estaba harto de muerte y de peleas. Todo el claro apestaba a la sangre del jabalí y al sudor de los héroes. El olor era tan fuerte que apenas lo dejaba respirar. Antes de que Meleagro pudiera darse cuenta, los tíos ya se abatían sobre él como las aves carroñeras sobre unos cuerpos sin vida. El príncipe giró, clavó el filo en el pecho de Ificles, que ya se había despojado de su bronce protector, creyendo la cacería terminada, y enrojeció de sangre sus vestiduras. Plexipo gritó entonces mientras intentaba buscar una falla en la defensa del calidonio. Tan mala fortuna tuvo el tío que no supo cubrir correctamente la suya propia y la espada del príncipe se hundió en su cuello antes de que él pudiera siquiera acercarse al cuerpo de su sobrino.

Cuando los dos hombres exhalaban el último aliento, volvió a tirar la espada Meleagro. Se giró hacia Cástor y Pólux y les puso las manos ensangrentadas sobre los hombros.

—Gracias, gemelos, pues vosotros sabéis siempre dónde está la justicia. Que la herencia del amontonador de nubes y las enseñanzas del centauro Quirón os acompañen siempre.

Cástor asintió, sin saber muy bien si podría haber hecho algo contra sus tíos, pues había actuado por el impulso de proteger a Pólux, no al príncipe. Pólux puso su mano sobre la de Meleagro y no pronunció palabra. Nada dijo tampoco el príncipe a Atalanta, y esta no se movió de su sitio. Todos entendieron que su silencio era una aceptación del regalo de Meleagro, aunque Cástor intuía que ese regalo no iba a significar un matrimonio que la beocia no acababa de desear. La mujer había sido clara en sus normas. Si Meleagro deseaba de verdad desposarla, no tendría más remedio que vencerla en una carrera. Al menos los sentidos del calidonio no estaban tan nublados como para retarla a ello. Cuando Atalanta subió a su caballo, los demás empezaron a moverse lentamente, como si de nuevo hubieran salido de un sueño.

A pesar de que ya nadie gritaba ni aplaudía, los héroes comenzaron a hablar y a recoger sus pertenencias. Ékonos y el caballo de Meleagro arrastraron el jabalí hasta la ciudad mientras Cástor viajaba a su lado, montado en Thonos. Otros hombres se hicieron cargo de los héroes muertos y de los cuerpos de los tíos. Pólux, más afrentado que los propios Cástor o Atalanta por los insultos que les habían lanzado, quería que sirvieran de alimento a las alimañas, mas Meleagro, conmovido por la relación familiar y convencido de que una ofuscación o una niebla repentina había nublado el buen juicio de los hombres, decidió llevarlos a la ciudad y honrarlos como si hubieran sido las últimas víctimas del bestial jabalí. Nadie opuso resistencia, ni siquiera Pólux, que sólo se negó a llevarlos con él sobre el lomo de Ékonos. Una vez que la fuerza de la batalla había abandonado el cuerpo del héroe, Cástor, el domador de bestias, se sintió vacío y destemplado. Como un pellejo de vino al final de una noche o como si los dioses hubieran arrancado el invierno de aquellos campos y lo hubieran vuelto a lanzar sobre sus hombros de golpe. Más que en sus hombros, Cástor lo sentía dentro, quizás como si su ánimo estuviera intentando salirse de su cuerpo, como si intuyera que ya le estaba llegando la hora. Si Pólux no hubiera estado allí cuando había tropezado con la piedra, habría llegado el momento. Pólux había sido su salvador, cierto, pero también había sido el propio Pólux el que insistió en la cacería, el que se colocó delante del jabalí sin decirle nada, el que hizo que se pusiera junto a

Meleagro aun no pudiendo caminar. Quizás aquel frío era Pólux y a la vez lo mantenía vivo y consciente de la muerte. La noche iba cayendo sobre ellos mientras se adormecían en el viaje de vuelta con el sonido de los cascos de los equinos y el ruido macabro que provocaba el jabalí al ser arrastrado, dejando tras de ellos un rastro de sangre sucia por el polvo que, a medida que iban acercándose a la polis, iba haciéndose más oscura, mezclándose con el atardecer. Llegó un momento en el que Cástor ya no fue capaz de distinguirla, pero no por ello dejó de imaginársela.